

Miguel Ángel Troitiño y su legado a la cultura de conservación patrimonial

Javier Mosteiro
Arquitecto

La noticia de la muerte de Miguel Ángel Troitiño nos ha golpeado a todos; a los amigos y a quienes colaborábamos o compartíamos con él intereses -esperanzas y preocupaciones también- en torno al patrimonio arquitectónico y urbano.

Miguel Ángel era el referente con el que siempre podíamos contar; y del que nunca dimos en pensar que pudiéramos ser despojados tan insultantemente pronto.

En mi recuerdo -cómo duele tener que acudir ya a esta palabra- lo veo comprometido siempre con las causas justas (con las causas -para que nadie vea aquí maximalismo- que creo más dignamente justas); y ello, sin aspavientos, procurando poner las cosas en razón, mirando a largo plazo (con generosidad enorme, por tanto).

Así lo conocí en 1995, aun sabiendo de antes quién era el ya flamante catedrático de *Geografía Humana* en la Complutense; así lo conocí, cuando un grupo de amigos y profesionales, en torno al recién fundado Club de Debates Urbanos, decidimos presentar un proyecto -un manifiesto de racionalidad, más bien- contra la destrucción arbitraria de los jardines de la plaza de Oriente. Ahí, en esa «batalla útil», estaba el nombre de Troitiño.

Más tarde, en 2008, en La Granja, con ocasión de un curso de verano que yo dirigía, sobre patrimonio arquitectónico y turismo, tuve la suerte de poder contar con él y pasar unos días hablando de ese tema y de muchos otros. Ese curso tuvo dos frutos importantes para mí: la excelente tesis doctoral sobre Paradores, de María José Rodríguez; y la amistad de Miguel Ángel Troitiño.



Miguel Ángel Troitiño en el curso de verano Patrimonio y Turismo, en La Granja de San Ildefonso (2008).

Desde entonces, participó todos los años en el *Máster en Conservación y restauración del patrimonio arquitectónico*, de la Escuela de Arquitectura de Madrid. Aquí, abordaba esa deseable -no siempre fácil- correspondencia entre turismo y patrimonio; nos explicaba nuevos modos de contemplar *conjuntos turísticos*, sin solución de continuidad entre las diversas escalas físicas y conceptuales: desde la Alhambra hasta ciudades históricas como Cuenca, Ávila o Toledo.



A lo largo de estos años, el profesor Troitiño nos fue formando a todos -a los alumnos y a los profesores que procurábamos no perdernos ni una de sus clases- en los valores del patrimonio; en nuevos, recientes valores, con el hilo conductor del turismo: los conjuntos históricos, el patrimonio urbano, el paisaje, el concepto de patrimonio de la Humanidad. Su decidida voluntad de mejorar la realidad -de crear, en definitiva, en un mundo mejor y no darse nunca por vencido- le llevaba a animarnos a buscar cauces de encuentro entre el fenómeno turístico y la alta función social de la conservación del legado recibido.

Las frecuentes interferencias entre lo uno y lo otro eran analizadas por él con precisión y método científico, procurando -ése era su talante- sacar cosas en limpio. Incluso en los últimos tiempos en que tantas voces se han pronunciado contra la acción depredadora de la «industria turística» y cuando el término «turismofobia» ya ha sido acuñado y

largamente difundido, Miguel Ángel no dejaba de explorar relaciones posibles entre ambas prácticas (que más que contrapuestas -quería entender- deben ser simbióticas).

En Miguel Ángel Troitiño he visto cumplirse con plenitud tres capitales exigencias de la vida universitaria: supo propiciar el aprendizaje y el acceso a nuevas dimensiones en sus alumnos, que hoy le reconocen -sin afectación- como «maestro»; abrió líneas de investigación que han presentado relevantes frutos, creando y dirigiendo grupos de colaboración y de pensamiento; mantuvo, en fin, la alta cultura y el rigor intelectual, extendiendo las aportaciones propias de su área de conocimiento a un compromiso social y -en el más noble sentido de la palabra- político.

Cuantos tuvimos la fortuna de tratarle y colaborar con él sabemos también de su natural afable y cortés, atento siempre al punto de vista del otro sin por ello renunciar a defender todo aquello en lo que, con muy sólidas bases, creía.

Sabemos de su capacidad de trabajo y de entrega a causas que, sólo por incorporarse él a ellas, no nos parecían ya tan perdidas... Sabemos del valor de su palabra, nunca pródiga ni vacía; esa voz cuya autoridad se manifestaba también en su ritmo pausado y en su timbre elegante y profundo (que siempre me pareció radicalmente incompatible con todo viso de banalización, de ostentación o de arribismo).

Cuando Miguel Ángel todavía tenía tanto que dar, el virus homicida nos lo ha arrebatado. Un amigo querido, de quien siempre aprendíamos; de quien seguiremos aprendiendo. Su obra y su testimonio quedan ahí; y seremos muchos los que por mucho le recordemos.